

Thomas Bernhard, biografía y ficción

Miriam L. Chorne

RESUMEN: Partiendo de los llamados *Relatos autobiográficos* de Thomas Bernhard, se investiga en este trabajo, como paso previo para poder plantearse cualquier pregunta clínica a propósito del autor, la diferencia que existe entre verdad y exactitud. Hacer pasar a la escritura la relación de la vida con la literatura plasmará en Bernhard una verdad, pero una verdad no tiene por qué ceñirse estrictamente a una biografía, pues no es del autor, sino del personaje Thomas Bernhard sobre el que el propio autor escribe.

Tomando en cuenta esta necesaria precaución podemos investigar el material aportado, sin lugar a dudas impresionante, para indagar la relación de Bernhard con la enfermedad. Hay algo de la separación del cuerpo con el goce que en él no se produjo. Este efecto, este vaciamiento de goce en el cuerpo que impone la instalación de la estructura del lenguaje, fue en Bernhard deficitario, produciendo un retorno de goce del que su relación con la enfermedad da cuenta. Este cuerpo, “dejado caer”, se nos presenta como un índice de una problemática que afecta al ser, al sentimiento íntimo de la vida, a una fractura originaria a la que la escritura de Bernhard no deja de responder.

En este sentido de anudamiento podemos leer su escritura. Con su arte, Bernhard consiguió construirse un verdadero *sinthome*, que es la creación en la que reúne los dos hilos contrapuestos en su vida: el abismo que habita en el centro de su ser, el “*espantoso desamparo*”, y su oposición permanente, el “*arremeter contra todo*”, tan característicos ambos de su literatura.

PALABRAS CLAVE: verdad, cuerpo, desanudamiento, *sinthome*, escritura.

Intervención: 7 de marzo de 2018¹

“Escribir es el único lazo que todavía me ata. Claro que la cuerda está a veces algo deshilachada”²

Son muchos los escritores que han hecho de su inclusión en el relato un modo de

reflexión sobre la escritura misma manteniendo en suspenso su grado de verdad. Rápidamente se me ocurren algunos nombres: Phillip Roth, Coetzee, Sebald o Lucía Berlín. No cabe duda de que Thomas Bernhard es un maestro en este género y sus *Relatos autobiográficos*, título en castellano de las narraciones reunidas por él con el nombre de *Relatos biográficos* —esa diferencia no es inocente—, introduce a T. Bernhard como el protagonista de lo que escribe.

Si en ningún caso es recomendable que se psicoanalice el texto o al escritor a través de su escritura ¿cómo se podría hacerlo? Para que el análisis fuera posible sería necesaria la

¹ Dentro del ciclo “Locuras en singular”, organizado por la BOLM en la sede de la ELP de Madrid, intervinieron ese día Zacarías Marco y Miriam L. Chorne. La autora hace alusiones a la intervención del primero, cuyo texto se puede consultar pinchando [aquí](#).

² Entrevista de Asta Scheib a Thomas Bernhard en 1987, publicada en la revista Quimera nº 65.

L. Chorne, Miriam
Thomas Bernhard, biografía y ficción
Ciclo “Locuras en singular”, BOLM, 2018
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2018

presencia del autor y la presencia del analista, sería necesaria la asociación libre, sería necesario que uno se dirigiera al otro en la búsqueda de un saber sobre las causas de su padecimiento... Las obras de arte no son emanaciones directas del inconsciente, en todo caso la elaboración de esas emanaciones que se resisten a la interpretación tanto como se prestan a ella.

Bernhard, totalmente consciente de las diferencias entre verdad y exactitud, realiza una magnífica incursión en un género que sitúa en primer plano *la relación de la vida con la literatura*. Si la intención de Bernhard era y no era que su libro biográfico se leyera como ficción, en cambio las investigaciones del psicoanalista Louis Huguét han proporcionado un material apabullante en relación a la exactitud de lo que Bernhard cuenta. Huguét, profesor de la Universidad de Perpiñán, emprendió en 1991 investigaciones exhaustivas sobre la vida de Bernhard. Escribió un estudio psicoanalítico sobre la obra del autor austriaco (*Thomas Bernhard ou le silence du Sphinx*), en el que mostró *la distancia entre el relato y la vida*.

Bernhard, en esos relatos, ha intentado explicarse a sí mismo o, mejor, crear el personaje que literariamente le parece necesario o quiere ser, pero es evidente que no se puede utilizar esa información como un dato “histórico” sin la mayor reserva. Los propios filólogos germánicos que habían creído a pie juntilla lo que Bernhard había contado de su vida, se vieron obligados a enderezar su rumbo al comprender que estos relatos son tan novelescos como autobiográficas son sus novelas.

Al final de *El sótano*, el segundo de estos relatos, el propio Bernhard ofreció una clave importante para la interpretación de sus libros:

“Si no hubiera pasado realmente por todo lo que reunido es hoy mi existencia, lo habría inventado probablemente para mí, llegando al mismo resultado.”

El personaje Thomas Bernhard

Hablemos del personaje Thomas Bernhard. En estos relatos, como en toda su literatura, la relación de amor-odio que mantuvo siempre con Austria, y en particular con Salzburgo, hace de estos lugares sitios míticos. Bernhard los desnuda con una mirada descarnada y amarga. Detrás de la belleza de la ciudad continuamente ensalzada, detrás del paraíso musical en el que se ha constituido para el mundo, Bernhard no deja de ver la ciudad nacionalsocialista y católica que fue su tortura durante los importantes años de su infancia y juventud. Hay que tener en cuenta que Bernhard se empeña en desnudar que la significación de estos términos es prácticamente sinónima y ambas *“una enfermedad del espíritu”*.

En ese sentido, en estos relatos, el énfasis sobre las similitudes entre la educación nacionalsocialista que padeció primero durante los años de la guerra, y la educación católica inmediatamente posterior, es no sólo convincente sino de una lucidez extraordinaria. Me recordaron la curiosa y notable observación de Freud en *Duelo y melancolía*, cuando afirma que es extraño que sea necesario estar enfermo —melancólico— para ver de manera justa la verdad, la miseria del objeto que uno es. En el caso de Bernhard, sin embargo, no se trata de ver el objeto indigno que es su ser, sino de ver con una desnudez desgarradora la sociedad a la que pertenece. Siempre, su escritura tiene acento de denuncia, una intención de desnudar los semblantes ilusorios —desde una posición en la que, hable de la ciudad, de la educación, de la medicina, de la familia, el *kakon* está siempre en el otro.

Hay páginas que deberían convertirse en bibliografía obligatoria en la formación de los analistas. Entre ellas las que describen la relación con su abuelo materno, por una

L. Chorne, Miriam
Thomas Bernhard, biografía y ficción
Ciclo “Locuras en singular”, BOLM, 2018
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2018

parte enteramente idealizada, por la otra con efectos devastadores para el personaje de Thomas en los libros de Bernhard. Esa relación lo deja aislado en la sociedad de los hombres. Las diatribas del abuelo contra la escuela y a favor de Thomas, empujándolo a su identificación con una excepción, al que no debían alcanzar los efectos deletéreos de la educación, le vuelven muy difícil su adaptación al mundo. Un ejemplo del último relato, *Un niño*, dice:

“La escuela (decía su abuelo) no significaba nada, y por consiguiente tampoco significaba nada que yo hiciera novillos. Las escuelas en general, y las escuelas primarias en particular, eran instituciones horribles que destruían a los jóvenes ya en sus comienzos. La escuela, de por sí, era asesina de niños. Y en aquellas escuelas alemanas era, en suma, la tontería la norma y la perversión del espíritu el elemento motor. Sin embargo, como era obligatorio ir a la escuela, había que mandar a ella a los hijos, aunque se supiera que se los enviaba a su perdición. Los maestros son los que los bunden. Sólo enseñan cómo se vuelve el hombre bajo y vil, un monstruo abominable.”

Con esas premisas no es sorprendente que Thomas tuviera dificultades escolares, seguramente tampoco que se haya convertido en un ser excepcional. En el mismo relato dice:

“Mi madre no tenía nada de educadora, y el comportamiento de mi abuelo, en ese y otros casos semejantes, era realmente desastroso. En cualquier caso, si se consideraba objetivamente, a mi abuelo le gustaba el caos, era anarquista, aunque sólo de espíritu; mi madre en cambio intentó durante toda su vida echar raíces en un mundo burgués, por lo menos pequeño burgués, lo que naturalmente nunca consiguió. A mi abuelo le gustaba lo excepcional y lo extraordinario, la oposición, lo revolucionario, revivía en la contradicción, existía totalmente a partir del antagonismo; mi madre, para poder afirmarse, buscaba apoyo en la normalidad. Lo que se llama una familia feliz, o sea, armoniosa,

fue lo que deseó durante toda su vida. Sufría por las escapadas cerebrales e intelectuales de su padre ante las que corría peligro permanente de zozobrar. Veneró a su padre profundamente mientras vivió.”

Es decir, su madre, aunque profundamente estragada por la relación con su padre, le transmitió sin embargo el respeto por su palabra. Su silencio, el de Thomas, que es uno de los nombres de la soledad, es un rasgo permanente a lo largo de su vida. Seguramente contribuyó a la falsa leyenda: de su ostracismo en una casa aislada que habría construido con sus propias manos. Bernhard relata el sentimiento de abandono que lo acompañó permanentemente —y más allá de las circunstancias sociales que seguramente lo agravaron: la guerra y la pobreza— parece transmitírnos hasta qué punto las dificultades para tener un lugar en el deseo de sus padres volvieron inalcanzable su inscripción en la vida, incluida su posición viril.

Sin embargo, quizás lo más interesante sea la manera en que relata sus “invenciones”, que, más allá de no haberle podido ahorrar una dosis importante de sufrimiento, le permitieron sin embargo —y en ese sentido sería quizás un caso para situar con Joyce, entre los que consiguieron no ser clínicamente psicóticos a través de diversos procedimientos de anudamiento.

“Toda enfermedad puede llamarse enfermedad del alma”

Acuerdo con la hermosa cita de Novalis que Zacarías evoca, aunque me parece que por no ser obvia requeriría un trabajo acerca de cómo entenderla. No puedo acordar sin más con la idea de Bernhard y de su abuelo de que enfermaron juntos, o de que Thomas enfermó porque su abuelo lo hizo. En realidad, él mismo relata que llevaba meses

L. Chorne, Miriam
Thomas Bernhard, biografía y ficción
Ciclo “Locuras en singular”, BOLM, 2018
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2018

enfermo, aunque hubo un agravamiento en el momento de la internación del abuelo. Me impresiona en cambio que nadie haya visto que estaba tan enfermo, ni su madre, ni su abuela, ni siquiera su abuelo con quien estaba tan unido. Me parece que da una medida de su soledad. Su madre sólo reacciona cuando Thomas se desvanece, y en ese momento requiere internación urgente y está al borde, literalmente, de la muerte. Padeció una pleuresía líquida que requirió un tratamiento mediante penicilina y punciones para extraer líquido pleural durante mucho tiempo. Luego complicada con una tuberculosis. En mi opinión se trata de una enfermedad en la que un real está en juego. Así como Zacarías pone en cuestión la explicación de su desinterés por la sexualidad en razón de la enfermedad, yo creo que es necesario distinguir su enfermedad pulmonar y el goce que vuelve a entrar en el cuerpo según diversas modalidades.

En efecto, la incorporación de la estructura del lenguaje tiene sobre el cuerpo un efecto preciso, que es la separación del cuerpo y del goce, principio que podemos llamar su evacuación, su vaciamiento, el hecho de que este goce queda reservado a ciertas zonas, llamadas por Freud erógenas, del cuerpo; diremos que en el caso de Bernhard este goce normalmente separado del cuerpo ha retornado al cuerpo. Pero ¿con qué modalidad? Porque la vuelta del goce al cuerpo se efectúa según modos específicos diferentes. Tomemos como ejemplo el modo en que lo hace en la psicosis esquizofrénica y en el fenómeno psicósomático. ¿Cómo es en Bernhard?

Quizás podamos entender que su descuido del cuerpo, estuvo enfermo medio invierno sin atender a su enfermedad, sea un índice importante de una relación desanudada del cuerpo. Lacan, hablando de la reacción a la paliza de sus compañeros por parte de Joyce, nos dice que su desinterés respecto de lo que le sucedía a su cuerpo nos ha de hacer

sospechar del desanudamiento de lo imaginario. Bernhard dice:

“Porque la realidad es que, durante todo el otoño y la mitad del invierno había reprimido mi enfermedad, probablemente una neumonía leve, y en definitiva, para no ser considerado enfermo y tener que quedarme en casa, la había descuidado, y que esa enfermedad por mí reprimida y descuidada, como es natural, se había declarado de nuevo, había tenido que declararse en el momento que coincidió con la enfermedad de mi abuelo. Recuerdo que durante días, quizás durante semanas había podido disimular ante los míos y ante Podlaha una fiebre bastante alta y, finalmente, incluso alta.”

El “dejar caer” la relación con el propio cuerpo es el nombre con el que Lacan designa esta falta de afecto respecto de lo que le pasa al cuerpo. A su vez, el modo en que Bernhard nos refiere su curación, sin atender a los límites de lo real como imposible, nos hace igualmente sospechar de su posición. Dice:

“... tenía que seguir respirando. Si hubiera cedido un solo instante en esa voluntad mía, no hubiera vivido ni una hora. De mí dependía seguir respirando o no. (...) Yo decidí cuál de los dos caminos posibles iba a recorrer. El camino de la muerte hubiera sido fácil. El camino de la vida tiene igualmente la ventaja de la libre determinación.”

Impresiona la negación de la realidad del Amo absoluto que es la muerte, y la transformación en un acto de voluntad, no sólo el hecho de la vida, sino incluso del acto de respirar.

La escritura como forma fundamental de anudamiento

He hablado de los procedimientos de anudamiento, y querría terminar esta

L. Chorne, Miriam
Thomas Bernhard, biografía y ficción
Ciclo “Locuras en singular”, BOLM, 2018
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2018

intervención retomando este tema. Bernhard es consciente de la radical contraposición y el vínculo entre su “espantoso desamparo” y una “seguridad absoluta” en la transformación de su desesperación en escritura. En las conversaciones que su abuelo tenía con él mientras estaba internado, le transmitía su confianza en que superaría la enfermedad e incluso que la utilizaría como un instrumento de crecimiento moral. Entre las promesas que el abuelo le hizo en esos momentos le hablaba de las cosas que harían juntos cuando saliera del hospital, los libros que le leería, los paseos por los montes y fundamentalmente la música, que sería “su salvación”. Aumentaría su contribución para las lecciones de música, le compraría partituras que Thomas deseaba tener, pero sobre todo le hablaba de que la estancia en el hospital era una necesidad inevitable, no en sentido médico sino en sentido existencial. En el hospital, en aquel “círculo de sufrimiento, se provocaban pensamientos importantes para la vida y decisivos para la existencia”. Le decía:

“Ahora, como ya había pasado lo peor, tenía también la posibilidad, me había dicho, de considerar mi estancia en el hospital como estancia en un círculo de pensamiento y de aprovechar en consecuencia esa estancia. Pero no tenía ninguna duda, me había dicho, de que yo mismo había tenido ese pensamiento hacía tiempo y había comenzado ya a aprovechar esa posibilidad. El enfermo es un clarividente, para nadie es más clara la imagen del mundo. (...) El artista, especialmente el escritor, le había oído decir, tenía que ir de cuando en cuando a un hospital (...) el artista que no iba a uno de esos círculos decisivos para la vida y necesarios para la existencia, se perdía con el tiempo en la insignificancia, porque se extraviaba en la superficialidad.”

He encontrado extraordinaria la lectura de Zacarías Marco de las coordenadas fundamentales de la vida del personaje Bernhard. En particular la identificación del agujero, del abismo en el centro de su ser y su

modo de hacer con él, a través del “*arremeter contra todo*”, incluso en la versión “*ir en la dirección opuesta*” tan magníficamente descrita hasta en su literalidad en el momento de abandonar sus estudios y elegir un trabajo precisamente en el otro lado de la ciudad. Es extraordinaria la descripción de Bernhard, que Zacarías toma, en la cual nos muestra el recurso a la oposición a modo de brújula, que se transforma en certeza frente a la desorientación de la falta de “*la carretera principal*”.

“Un día salió de casa al instituto y a mitad de camino cambió de dirección, se fue a la oficina de empleo y rechazó todos los puestos de aprendiz que le ofrecían hasta que le dieron uno en la dirección que solicitaba, la que conducía al barrio más degradado de Salzburgo, portada habitual de los periódicos por sus tragedias y asesinatos, pero justo en la dirección opuesta a la del instituto.”

La experiencia del abismo, que no es en mi opinión la de ser un objeto de desecho, se manifiesta de manera extraordinaria en los sueños constantes que Zacarías recoge bien: “*Desde mi más tierna infancia mis sueños culminan siempre en ciudades deshechas, en puentes derrumbados y vagones de ferrocarril rotos que colgaban sobre el abismo.*” Mostrando en acto la descripción lacaniana de que cuando el *Nombre del padre* está forcluido hay un efecto, un defecto, en la juntura más íntima del sentimiento de la vida. Bernhard manifiesta la fragilidad de su sentimiento de existencia, tiene que construirlo, con una ferocidad proporcional a su ausencia, “*tenemos que existir simplemente contra todo o no existir ya, y yo tuve la fuerza de existir contra todo...*”, lo que no impide que al mismo tiempo esta búsqueda se acompañe de la fascinación por el suicidio, que lo acompañó a lo largo de su vida, “*ininterrumpidamente.*”

Bernhard consiguió construir un verdadero *sinthome* con su singular arte, su creación reúne los dos hilos contrapuestos en su vida: el del abismo en el centro de su ser, el



L. Chorne, Miriam
Thomas Bernhard, biografía y ficción
Ciclo “Locuras en singular”, BOLM, 2018
Círculo Lacaniano James Joyce. Madrid, 2018

“*espantoso desamparo*” de una parte y el “*arremeter contra todo*”, ambos tan característicos de su literatura. La gran acogida del público y de la crítica, los numerosos premios recibidos, seguramente contribuyeron a que el ego funcionase –al igual que Lacan lo señala para Joyce– cumpliendo una función esencial. También, al igual que en Joyce no está implicada la imagen en su narcisismo, es lo que marca que el ego tiene en él una función particular, reparadora.